

Conversación 40
LA REVUELTA DE LOS ACTORES

Toledo, 8 de junio.

Ayer por la noche presencié en un gran teatro de esta ciudad una aventura que, según creo, es la única que debe haber sucedido en el mundo desde que existen teatros y actores.

Había leído una cartelera anunciando la representación de la obra Muerte de Danton, de Büchner, y como no tenía ninguna ocupación y nunca había visto esa tragedia, fui a ese teatro.

Llegué algo antes de la hora. La platea estaba vacía y en los palcos no se veía a nadie. Poco a poco llegaron algunos espectadores, todos hombres. Llegó la hora fijada para comenzar la representación y a lo más habría unas treinta personas distribuidas por todos los lugares destinados al auditorio.

Pensé que el nombre del autor, aun cuando se hubiera hecho célebre con Woyzek, sería casi desconocido en este país, y tal vez el argumento mismo no atraía a un pueblo que nunca sintió entusiasmo especial por los héroes de la Revolución Francesa. Poco a poco y muy especialmente llegaron otros melancólicos espectadores, y finalmente, con media hora de atraso se levantó el telón.

No conozco muy bien las finezas de la bellísima lengua castellana, pero como en tiempos pasados había leído la tragedia de Büchner, pude comprenderlo todo y comprobé que los actores eran excelentes, todos ellos sin excepción, y no, como sucede casi siempre, sólo los protagonistas.

Pero el escaso auditorio, desparramado acá y allá en las butacas de terciopelo rojo, pronto comenzó a hacer demostraciones de que el espectáculo no le agradaba: uno comenzó a reírse en sordina, otros cuchicheaban entre sí haciendo gestos de disgusto, algunos dichos cínicos y paradojales de Danton y de sus amigos eran recibidos con exclamaciones de indignación y con toses fingidas. A pesar de todo esto el primer acto concluyó sin graves inconvenientes, pero el descenso del telón fue acompañado con silbidos rabiosos y voces de burla.

Con el acto segundo comenzó la segunda tragedia el choque violento entre las plateas y el escenario. Los espectadores, aun cuando eran pocos, parecían estar cada vez más exasperados, ya porque no les agradara el tono sin cadencias y sin prejuicios de los diálogos de Büchner, ya porque tuvieran mala disposición para con los actores y actrices. No se contuvieron las risas sino que estallaron ostentosamente, no faltó quien se sacudiera como un obeso y alzara voz y bastón, los comentarios mordaces fueron tan ruidosos que casi superaron las voces de los actores. Un viejo barbudo, más exaltado que los demás, se acercó a la boca del escenario y lanzó contra Danton un bastón de Malaca con pomo de marfil.

Y en aquel momento comenzó lo inverosímil. El protagonista de la tragedia, hombre alto y macizo, como lo demandaba su papel, recogió el bastón, lo levantó y con gesto imperioso hizo que sus compañeros interrumpieran la representación, les dijo apresuradamente algunas palabras que no comprendí, aparecieron de entre bastidores otros actores vestidos de soldados y sansculottes, surgieron los maquinistas, tramoyistas, vestidores, todos los que prestaban servicio en la representación. Uno de ellos apoyó una escalerita contra el borde del escenario hacia el lado de la orquesta, y toda aquella turba descendió precipitadamente a la platea, silenciosa pero resuelta, comenzando en seguida a expulsar a los espectadores.

Incluyendo a los refuerzos logrados de entre las candilejas la compañía sumaba más personas que los malhadados espectadores, los que, atemorizados y aterrados ante aquel imprevisto pronunciamiento, casi no oponían resistencia al asalto.

En seguida capté cómo habría de concluir aquel tumulto, y aprovechando la confusión suscitada corrí hacia un pasadizo lateral, hallé abierta la puertita de un palco y me oculté lo mejor que pude detrás de una mampara.

Algunos de los espectadores, al ser alcanzado intentaba defenderse contra aquella violenta expulsión, pero sin éxito, puesto que los asaltantes eran más numerosos y tenían la ventaja de la sorpresa.

En pocos minutos la platea fue despejada por los rebeldes, se cerraron las puertas del teatro y todos los actores, felices con el triunfo logrado en la improvisada revuelta, volvieron al escenario. Suponía yo que suspenderían la representación y que se apagarían las luces, cuando con gran maravilla de mi parte vi que todo aquello, aunque increíble, continuaba siéndolo: los maquinistas y tramoyistas desaparecieron entre bastidores y los actores y actrices ocuparon otra vez sus sitios. Danton, «pálido y enorme», antes de recomenzar el recitado, dijo en voz alta

- Esos granujas no entienden absolutamente nada y han querido impedirnos recitar una obra maestra. Por vez primera en la historia del teatro, los actores, artistas e intérpretes de poetas, nos hemos sublevado y hemos logrado la victoria. Ahora, lanzadas fuera aquellas bestias; podemos empezar de nuevo tranquilamente nuestro trabajo, finalmente podremos recitar a nuestro gusto y modo.

Comenzó nuevamente la representación, con mayor vida y convicción que antes, como si los actores tuvieran ante sí un público atento y benévolo. La platea estaba oscura y desierta, como un campo de batalla en el filo de la noche. Recatado detrás de mi mampara pude escuchar todo, hasta la última escena de la intensa y original tragedia de Büchner, y al concluir no pude menos que aplaudir ruidosamente.

-¡Hemos sido descubiertos! - exclamó Danton -, ¿quién es el intruso que ha permanecido ahí adentro?

Salí del palco y corrí presurosamente hacia ellos, les expliqué mi presencia y les manifesté mi admiración hacia Büchner y hacia toda la compañía, y también yo fui blanco de un aplauso a telón corrido. Nos hicimos amigos en pocos minutos y todo concluyó trasnochando todos juntos en una taberna próxima al teatro, comentando alegremente la primera "revuelta de los actores" que se recuerda en la historia del teatro.